

El tercer sector frente a las transformaciones del Estado de Bienestar

José Antonio RUBIO GARCÍA

peporubio@yahoo.es

Recibido: 11 abril 2007

Aceptado: 8 mayo 2007

RESUMEN

La sociedad civil está adquiriendo una creciente relevancia como interlocutor sociopolítico ante la opinión pública y ante las instituciones políticas y económicas. Identificadas las organizaciones integrantes de la sociedad civil como Tercer Sector, por situarse entre el Estado y el mercado como un «tercer» productor de bienestar social, su peso en la prestación de servicios sociales es creciente. Sobre todo ante las transformaciones que está sufriendo el Estado de Bienestar. En este contexto, existen diferentes posiciones ideológicas sobre el papel que debe jugar el Tercer Sector y son variadas las estrategias seguidas en su seno por los diferentes actores sociales que lo integran.

Palabras clave: tercer sector, sociedad civil, Estado de Bienestar.

The third sector and the changes in the Welfare State

ABSTRACT

The civil society is taking on a higher importance as one of the social political speakers, not only for the political and economical institutions but also for the public opinion. Organisations that take part of the Civil Society are identified as Third Sector because they are between the State and the market. Taking in account the big crisis of the welfare state, the third sector has become a producer of social welfare, offering the social services that the State is not able to provide. In this context, the different social actors have different ideological positions and followed strategies about the roll that the third sector should play in societies.

Key words: third sector, civil society, Welfare State.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Una aproximación al debate en torno al Tercer Sector. 3. El Tercer Sector y las transformaciones del Estado del Bienestar. 4. La fuerza del Tercer Sector. 5. Las estrategias de la Sociedad Civil. 6. Referencias bibliográficas.

«El ser solidarios en una cultura de la exclusión nos va a llevar, más temprano que tarde, a ser también nosotros excluidos de una u otra manera. Sin buscarlo. Sin que se exprese en una persecución abierta. Sin hacer de la propia exclusión un objetivo en sí. Simplemente por la contradicción que significa para el sistema. Renunciar al oportunismo a toda costa, a la competencia como sistema, al cumple tu papel y haz lo que quieras e incorporar la reciprocidad, la compasión, la solidaridad, es renunciar a toda esperanza de ser un triunfador según el modelo predominante».

Pablo Bonavia, del Observatorio del Sur (Uruguay).

1. INTRODUCCIÓN

El presente artículo no debe tomarse como un trabajo académico de transmisión de conocimientos adquiridos tras un riguroso y metódico proceso de investigación sobre el Tercer Sector y su papel en la prestación de servicios sociales en un contexto de crisis del Estado de Bienestar y globalización, si no como las reflexiones al respecto de alguien que ha desarrollado su labor en este tipo de organizaciones tanto como profesional remunerado como voluntario (aunque personalmente, respecto de este último término, prefiera autodenominarme como «activista»). Una vez realizada la pertinente aclaración sobre qué debe esperar el lector de este artículo, pasaré a exponer las ideas principales que se desarrollarán a lo largo de este texto.

Nos encontramos en un contexto de globalización socioeconómica donde la sociedad civil adquiere creciente relevancia como interlocutor sociopolítico ante la opinión pública y ante las instituciones políticas y económicas. Identificadas las organizaciones integrantes de la sociedad civil como Tercer Sector, por situarse entre el Estado y el mercado como un «tercer» productor de bienestar social, su peso en la prestación de servicios sociales a través de asociaciones, fundaciones, ONG o cooperativas, entre otras, es creciente (para simplificar utilizaremos preferentemente los términos Tercer Sector o sociedad civil). Este hecho se ha visto propiciado por la pérdida de protagonismo del Estado en la producción del bienestar colectivo, fruto de la crisis que atraviesa el Estado de Bienestar.

Aunque el Tercer Sector es muy diverso, un buen número de organizaciones prestatarias de servicios sociales, servicios que en muchos casos antes proveía el Estado, se consideran integrantes de movimientos sociales que se oponen a las políticas neoliberales que están impulsando el desmantelamiento de los sistemas de protección social y la «privatización» de muchos servicios sociales que eran competencia del Estado. Este hecho está generando importantes tensiones y debates en torno al rol que el Tercer Sector debe jugar frente a las transformaciones que está sufriendo el Estado de Bienestar y la sociedad en su conjunto. Intentaremos desarrollar todas estas ideas a lo largo del presente artículo.

2. UNA APROXIMACIÓN AL DEBATE EN TORNO AL TERCER SECTOR

Normalmente al Tercer Sector se le define más por lo que le diferencia o le asemeja a los otros dos sectores, el Estado y el mercado, que por sus atributos específicos. Si bien las entidades englobadas en el Tercer Sector comparten con las empresas la condición de organizaciones privadas y con el Estado el interés por cuestiones públicas relacionadas con el bienestar social, su característica de organizaciones no lucrativas les distancia de las empresas y su condición de no gubernamentales les separa del Estado. Además, deben tenerse en cuenta otra serie de consideraciones de tipo valorativo tales como deberse a finalidades y motivaciones de carácter altruista y de búsqueda del bien común. Aunque no siempre la misión o las prácticas de las entidades del tercer sector están encaminadas hacia el interés general, pueden defender intereses particulares de colectivos o grupos, lo cierto es que la percepción social predominante les atribuye estar orientadas hacia el bien común y portar una significativa carga ideológica en sus acciones. Otros rasgos definitorios del Tercer Sector son: estar organizado, ser autogobernado (independiente) y de libre afiliación o adhesión voluntaria.

Sin embargo, no resulta tan sencillo separar al Tercer Sector del mercado y del Estado, como si fuera una esfera independiente, pues en incontables ocasiones entra en competición con las empresas en la provisión de bienes y servicios a la sociedad y en no menos ocasiones es un actor fundamental en el desarrollo de muchas políticas sociales impulsadas por el Estado. Amén de su excesiva dependencia de la financiación pública.

El principal problema que comporta el término Tercer Sector es su tremenda heterogeneidad, pues hace las veces de cajón de sastre incluyéndose en él todas aquellas organizaciones no consideradas como empresas o como entidades públicas. De tal suerte que algunos estudios ubican dentro del Tercer Sector la siguiente variedad de entidades: asociaciones, fundaciones, entidades singulares, cooperativas, sociedades laborales, mutualidades y cajas de ahorros. A los efectos del presente artículo nos centraremos principalmente en las entidades que realizan actividades de interés general, prestan servicios sociales y están orientadas hacia el bien común, y que comúnmente son denominadas por la opinión pública como ONG.

Otro problema relacionado con el Tercer Sector consiste en que se tiende a cobijar bajo un mismo paraguas a organizaciones que no comparten ni objetivos ni prácticas comunes. Una tendencia generalizada consiste en atribuirles como propios a su naturaleza valores como la democracia, la equidad, el pluralismo, la transparencia, la solidaridad o el interés por lo público, así como proyectos sociales compartidos y funciones similares. Si bien este conjunto de valores son promovidos por un amplio número de organizaciones, no son necesariamente compartidos por el conjunto, ni todas las que se proclaman defensoras de estos valores los llevan a la práctica en la realidad.

El propio término Tercer Sector es polémico tanto en su génesis como en su uso por parte de los diferentes actores sociales. Concepto acuñado en Estados

Unidos para describir la división entre los tres productores de servicios sociales que existen en una economía capitalista, país que tradicionalmente ha mostrado grandes resistencias a la extensión de las competencias del Estado en materia social, se insertó en su origen dentro de la estrategia del revitalizado conservadurismo norteamericano que representaba el gobierno de Ronald Reagan para desprestigiar la acción del Estado e idealizar como alternativa a la sociedad civil. De tal suerte, que es utilizado como un elemento más del pensamiento neoliberal en su tendencia a privatizar la acción del Estado sobre la base del argumento de la «mayor eficacia y eficiencia de la sociedad civil» (Roitter, 2004: 22).

Tanto el concepto de Tercer Sector como las demandas de mayor protagonismo de la sociedad civil se han universalizado y sin embargo no significan lo mismo en todas las latitudes ni para los diferentes actores sociales. De hecho se puede afirmar que asistimos a la convergencia perversa de dos tendencias antagónicas. De un lado, el citado proyecto neoliberal que aboga por un repliegue del Estado en cuanto a proveedor de derechos sociales y su transferencia a la sociedad civil. De otro lado, un proceso de ensanchamiento de la democracia y de creación de nuevos espacios de participación de la sociedad civil. Una sociedad civil que reclama un mayor protagonismo en la toma de decisiones respecto de las políticas públicas y de responsabilidad en la gestión del bienestar colectivo, pero que apuesta por un Estado fuerte que garantice los derechos sociales y actúe como muro de contención frente a las crecientes desigualdades y los desmanes del mercado. Asistiendo, por tanto, a dos proyectos políticos distintos que, sin embargo, se disputan el significado de palabras como democracia, sociedad civil, participación y ciudadanía (Roitter, 2004).

La creciente identificación entre sociedad civil, Tercer Sector y ONG es percibida con temor por sus efectos «despolitizadores». Desde los poderes públicos y los medios de comunicación se transmite y promueve una imagen asistencialista, bonachona y acrítica de las ONG que desvirtúa el potencial que posee la sociedad civil como agente de transformación social. Algunos autores creen ver una estrategia tendente a aislar y neutralizar a los movimientos sociales, «*los cuales fueron sometidos primero a un proceso de oenegización y luego de terciarización, ambos destinados a su domesticación. Mientras los movimientos sociales son vistos hoy como contenciosos y disruptivos, el Tercer Sector, por el contrario, aparece como un socio o colaborador de los gobiernos dentro de los marcos establecidos por las políticas neoliberales*» (Roitter, 2004: 27). Una colaboración al servicio de intereses instrumentales de reducción de gasto público y recorte de prestaciones y servicios sociales.

3. EL TERCER SECTOR Y LAS TRANSFORMACIONES DEL ESTADO DEL BIENESTAR

Tras la Segunda Guerra Mundial se comienza a edificar en una mayoría de países europeos el denominado Estado del Bienestar como respuesta a las crisis cíclicas de la economía capitalista y a las reivindicaciones del movimiento obre-

ro. El Estado comienza a intervenir en economía para corregir los efectos desestabilizadores del propio mercado, regulándolo e invirtiendo grandes recursos públicos para garantizar la sostenibilidad de la economía y la creación de empleo. A su vez, se reconocen una serie de derechos sociales a los ciudadanos como el derecho a la educación, a la salud, a la vivienda, al empleo, a la seguridad social o a las pensiones, que para su realización precisan de la creación de nuevos servicios, recursos e infraestructuras como el sistema sanitario o el sistema educativo. Ambos fenómenos provocarán un aumento del tamaño del Estado y el gasto público, frente al modelo anterior de Estado liberal, más pequeño y escasamente intervencionista en materia económica y social.

Desde la óptica que guía la construcción de los Estados de Bienestar, se considera que todos los ciudadanos tienen derecho a un mínimo nivel de bienestar y calidad de vida, siendo deber del Estado garantizar esas condiciones mínimas. Para ello, el Estado debe poner en marcha toda una serie de actuaciones y dispositivos que garanticen la igualdad de oportunidades de todas las personas integrantes de la sociedad y que permitan, a su vez, intervenir sobre las causas que se encuentran tras las condiciones de vulnerabilidad y desigualdad social que puedan estar sufriendo personas y colectivos. Algunas de esas actuaciones consisten en: la satisfacción de determinadas necesidades como la educación, la salud o la vivienda; la resolución de problemas concretos como la pobreza o el paro; y modificar las condiciones de discriminación que afectan a determinados colectivos derivados de su sexo, etnia, edad o discapacidad. Consecuencia de las políticas sociales descritas, se asientan los principios de prevención, de promoción de la autonomía personal y de integración social, como medidas de acción positiva para garantizar la igualdad de oportunidades.

Este modelo de Estado entrará en crisis en los años 70 fruto de una profunda crisis energética por la subida de los precios del petróleo, el aumento del paro y la inflación, el estancamiento del crecimiento económico, y la modificación de algunos de los supuestos sobre los que se asentaba la estructura del Estado de Bienestar. Según esos supuestos, el modelo siempre funcionaría gracias a un crecimiento económico sostenido, al mantenimiento del pleno empleo y a un número siempre mayor de cotizantes a la seguridad social que perceptores de prestaciones sociales y pensiones; sin embargo, la crisis económica, el aumento del paro y el envejecimiento de la población dispararán el gasto del Estado y removerán los fundamentos del modelo.

La crisis del Estado de Bienestar posibilita la ofensiva de sectores conservadores y liberales contra la intervención estatal en la economía y en la sociedad, sectores que propondrán como alternativas la desregulación de los mercados para resolver la crisis económica y la privatización de los servicios públicos para reducir el gasto estatal. Un proceso que se inicia ya en la década de los setenta con la llegada de Ronald Reagan y Margaret Thatcher al poder en EE.UU. y Reino Unido, respectivamente, y que continúa en la actualidad con la adopción de las denominadas políticas neoliberales por parte de una mayoría de gobiernos y países.

Uno de los efectos de la aplicación de las recetas neoliberales que están transformando la naturaleza del Estado de Bienestar y profundizando en el desmantelamiento de los sistemas de protección social, es el traspaso de servicios que antes prestaba el Estado a la empresa privada y a organizaciones del Tercer Sector. Sin embargo, no será sólo desde posiciones neoliberales desde las que se planteen alternativas.

La profunda crisis del Estado de Bienestar y su deslegitimación social provoca una variedad de propuestas para su superación y un amplio abanico de posturas sobre qué papel debe jugar el Tercer Sector desde diferentes posicionamientos ideológicos. Habría cuatro posturas o modelos respecto del papel a jugar por el tercer sector en las profundas transformaciones que está viviendo el Estado y la sociedad actual. Un primer posicionamiento, el conservador, que defiende, por encima de cualquier otra cosa, a la familia como la principal fuente de bienestar y que siempre consideró que era función de la propia sociedad, y no del Estado, crear instituciones asistenciales para ayudar a los más desfavorecidos. Un segundo modelo, el neoliberal, que como ya se ha señalado desconfía del Estado y apuesta por dismantelar el sistema de protección social transfiriendo al mercado y a las organizaciones sociales la prestación de servicios sociales. Un tercer discurso sería el socialdemócrata, que mantiene que las organizaciones del tercer sector son suplentes de la acción del Estado sólo en aquellos casos de necesidades sociales que no sean cubiertas desde las administraciones públicas, debiendo intervenir el Tercer Sector allá donde no llega el Estado. Un último modelo se derivaría de los posicionamientos de ciertos sectores de la sociedad civil, a los que se podría denominar como «nueva izquierda», que consideran necesaria la existencia de una pluralidad de actores que presten servicios de bienestar ante las limitaciones del Estado, la creciente complejidad y diversificación de las demandas y necesidades sociales que atender, y el mayor protagonismo que se cree debe tener la sociedad civil en la gestión de los asuntos públicos (García, 2001).

Se observa una pugna entre dos actores, el mercado y el tercer sector, por cubrir los espacios dejados por el Estado en su estrategia de «soltar lastre» y no crear más expectativas sobre demandas sociales que no puede atender. Sin embargo, no se debe olvidar que el mercado genera una inadecuada asignación de recursos, provocando el aumento de las desigualdades y la exclusión, y que sólo interviene allí donde existen ganancias en términos de rentabilidad económica y no de rentabilidad social; de tal suerte, que numerosos colectivos vulnerables «no rentables» quedarían abandonados a su destino. Frente al mercado, un sector importante del tercer sector (ONG, asociaciones, cooperativas, etc), donde la rentabilidad de sus actuaciones no se mediría con indicadores cuantitativos sustentados en la provisión de bienes materiales y la «acumulación de riqueza económica», si no en la provisión de «bienes relacionales» de promoción y fortalecimiento del tejido social y la participación ciudadana, y en la «acumulación de capital social» basado en los valores de la solidaridad, la justicia social y el bienestar colectivo (incidiendo principalmente en los sectores más vulnerables de la sociedad).

No se trata, sin embargo, que la sociedad civil asuma todas las funciones que el Estado no asume o deja de asumir, sin más, pues se estaría produciendo una instrumentalización de la misma e incluso un creciente peligro de vuelta a políticas benéfico-asistencialistas. Ni tampoco que la sociedad civil deba plantearse como una alternativa real al Estado de Bienestar, ya que la sociedad civil por sí misma no puede garantizar los derechos sociales de las personas ni su bienestar. Se trata de establecer una relación de corresponsabilidad entre el Estado y las entidades del Tercer Sector para la mejora del Estado de Bienestar, en la cual cada actor encuentre su espacio de actuación más óptimo para la satisfacción de las demandas de la sociedad.

Desde el punto de vista de la corresponsabilidad social, se reivindica el papel de todos los ciudadanos en la construcción del bienestar colectivo, convirtiéndose la sociedad civil en actor protagonista del sostenimiento del Estado de Bienestar, participando activamente los ciudadanos de las decisiones sobre las políticas sociales e implicándose de su puesta en marcha, actuando la sociedad civil como mecanismo de control del Estado y del mercado, ampliando los derechos sociales y la eficacia en la prestación de los servicios sociales. Una corresponsabilidad que será posible gracias a la puesta en marcha, por parte de los poderes públicos, de las siguientes políticas: la promoción de la participación social, una mayor democratización del Estado, el fortalecimiento de la sociedad civil, y una mayor descentralización en la toma de decisiones que incorpore a nuevos actores en el diseño de las políticas sociales como las ONG y los ciudadanos destinatarios de los servicios y prestaciones sociales.

No obstante, dicho proceso provocaría una paradoja, la de un Estado que debería potenciar movimientos reivindicativos frente a él, financiando a esas organizaciones críticas para asegurar la supervivencia de las mismas y la corresponsabilidad en la construcción del Bienestar social. Toda una apuesta por profundizar en los principios que inspiran la democracia y por abrir nuevos espacios de expresión de la ciudadanía.

4. LA FUERZA DEL TERCER SECTOR

Todas las cuestiones abordadas en los apartados anteriores no se realizan sobre teorizaciones relativas a cual debería ser la importancia y el peso del Tercer Sector en la sociedad, más bien se debe constatar que son debates que se están dando en el seno de un sector de enorme relevancia social y progresivo peso económico dentro de la economía de muchos países. Hablamos, por tanto, de un sector con suficiente fuerza social y económica como para influir en la arena pública y política.

Según datos relativos al estudio realizado por la Universidad Johns Hopkins en 1995 sobre el Tercer Sector en 22 países, dicho estudio demostró que el sector movía 1,1 billones de dólares, con un equivalente de 19 millones de trabajadores a jornada completa, representando el 10% de todo el empleo del sector ser-

vicios y el 27% de todo el empleo del sector público. Si se suma el trabajo remunerado y el no remunerado (los voluntarios, equivalentes a 10,6 millones de empleos), el tercer sector representaría el 7% del total del empleo (excluido el agrario) de los países 22 países estudiados.

Según datos extraídos del Diagnóstico de Situación del Voluntariado en España, donde se realiza una compilación de datos estadísticos obtenidos de diversos estudios realizados sobre el Tercer Sector, en el año 2001 había 15.508 entidades de Acción Social en nuestro país. Si se considerase al Tercer Sector en su totalidad, teniendo en cuenta todos los diferentes tipos de entidades no lucrativas, la cifra ascendería a 164.870 organizaciones. Atendiendo al número de personas empleadas y voluntarias en las ONG de Acción Social, en 1999 había 1.357.320 personas, de las cuales un 79% eran voluntarias. Si tomásemos el Tercer Sector en su globalidad, el número de trabajadores sobrepasaría los 5 millones de personas en 2001, siendo voluntarias un 84% de las mismas. Si contabilizáramos como jornadas completas, estas equivaldrían a 1,2 millones de puestos de trabajo a tiempo completo, de los cuales el trabajo voluntario sería de un 40%. Por último, el peso del Tercer Sector en la economía española ascendía en 2001 al 4,7% del Valor Añadido Bruto, al 6,9% del empleo asalariado y al 9,7% del empleo a tiempo completo equivalente (incluyendo el trabajo voluntario).

Pero la fuerza del Tercer Sector no radica sólo en su peso cuantitativo, si no en aspectos cualitativos relativos a su función social. Si nos centramos en analizar las ONG como principales canalizadoras de la acción social proveniente de la sociedad civil, éstas constituyen «antenas» que por su cercanía a la realidad social y a los colectivos más desfavorecidos detectan y alertan de las nuevas necesidades y problemáticas sociales. Poseen, a su vez, un elevado nivel de flexibilidad, creatividad y capacidad de respuesta frente a las nuevas necesidades y problemáticas. De tal suerte, que las organizaciones de la sociedad civil pueden jugar un papel importante en la elaboración de políticas, programas y servicios para mejorar la calidad de vida de las personas y el bienestar social.

A su vez, las ONG son canales a través de los cuales se deja oír la voz de aquellos colectivos sociales más desfavorecidos que tienen dificultades para articular un discurso en el espacio público, sirviendo de mediadoras entre estos colectivos y las estructuras administrativas del Estado y la esfera política. Además, como ya se insinuara en otros pasajes de este artículo, constituyen estructuras idóneas para la construcción de una ciudadanía activa, democrática, pluralista e inclusiva.

5. LAS ESTRATEGIAS DE LA SOCIEDAD CIVIL

En el transcurso del presente artículo se han desarrollado ideas relativas al papel que las organizaciones integrantes del Tercer Sector, especialmente las ONG de acción social, deben jugar frente al mercado y frente a las transformaciones del Estado del Bienestar. También se ha tratado de identificar las fuentes del de-

bate social e ideológico que están tras los discursos referidos a los diferentes modelos de Tercer Sector y su papel en la sociedad. No es menos cierto que se ha ofrecido una visión relativamente ideal de las virtudes del Tercer Sector, escasamente crítica. En este apartado se tratará de corregir esa tendencia y de realizar una reflexión crítica de la acción de la sociedad civil y sus ONG tomando como referencia las intervenciones respecto de la pobreza y la exclusión; los principales retos que enfrentan las sociedades del siglo XXI, insertas, como están, en un contexto de aumento de las desigualdades socioeconómicas y de los riesgos de exclusión social.

Retomemos la idea de sociedad civil y de movimiento social, actuando en muchas ocasiones las ONG de acción social como correa de transmisión de los valores que defienden y brazo ejecutor de sus acciones, para de esta forma tratar de analizar la coherencia entre el discurso que defienden y las prácticas que realmente tienen respecto de la pobreza y la exclusión. Pero, ¿que se entiende por sociedad civil? Siguiendo a Mario M. Roitter, «*la sociedad civil es un espacio en el cual participan asociaciones que proyectan su acción hacia la construcción de ciudadanía participativa*» y otros actores sociales que conforman colectivos como los movimientos sociales, los foros sociales o redes y plataformas. «*En este espacio simbólico se construye poder y se hace política en diálogo o enfrentamiento con el poder político y el poder económico*». Así mismo, en su seno se articulan discursos, opiniones, se toman acuerdos, se producen enfrentamientos entre diferentes visiones y estrategias de actuación, y se generan representaciones políticas y sociales (Roitter, 2004).

De lo expuesto en el párrafo anterior, se deduce que la sociedad civil no posee una única voz ni una única lógica, siendo las asociaciones, ONG y movimientos sociales la expresión de los múltiples intereses que integran la realidad social y de la diversidad socio-cultural de la misma. De tal suerte que se podría afirmar que existen diferentes estrategias de lucha contra la pobreza y la exclusión provenientes de la sociedad civil.

¿Sería posible diferenciar las distintas estrategias desarrolladas desde la sociedad civil para combatir la pobreza y la exclusión? ¿Incluso cual es su discurso respecto del modelo de desarrollo económico y social en el que nos encontramos? Para tratar de dar respuesta a estas preguntas utilizaremos la propuesta de tres paradigmas de organización y de interpretación del crecimiento y el desarrollo dentro de los movimientos sociales, realizado por Pardo Flores: movimientos funcionales al sistema socio-económico; movimientos de movilización ciudadana; y movimientos populares y alternativos (Pardo, 2002). Es conveniente aclarar, que aunque la visión del autor es más amplia, aquí se hará una interpretación de los paradigmas desde su relación con la sociedad civil en general y las ONG en particular.

Dentro de los *movimientos funcionales al sistema socio-económico* podrían agruparse aquellos movimientos sociales, asociaciones y ONG que no cuestionan las estructuras y las normas morales del sistema capitalista. Sus acciones cubren las limitaciones y deficiencias del libre mercado y de los programas socia-

les, pero sin un cuestionamiento de las causas que se encuentran tras las condiciones de vida de las personas más desfavorecidas. Desde este posicionamiento se trata de atenuar y paliar la pobreza, sin identificar las causas y los mecanismos económicos y sociales que expulsan a las personas hacia la pobreza y la exclusión. El progreso y el bienestar son vistos como algo gradual donde el desarrollo económico con el tiempo resolverá todos los problemas. Mientras tanto, la pobreza de las personas se resuelve *«con terapias eficaces y eficientemente llevadas a cabo, con acciones muy específicas y concretas para cada situación individual o particular, con promover y saber aprovechar oportunidades, con brindar unas rentas mínimas o vales de comida; no con cambiar las estructuras político-económico-sociales»* (Pardo, 2002: 189).

Desde esta perspectiva se culpabiliza a los pobres y excluidos de su situación, pues la sociedad ofrece múltiples oportunidades y son ellos los que tienen que decidir vivir en la pobreza o salir de ella. Desde esta lógica, quién «ayuda» a los pobres y excluidos lo hace desde el «sacrificio» por sus semejantes, buscando atenuar el sufrimiento y el dolor. Y considera que la falta de más personas sensibilizadas con «ayudar a los pobres» es uno de los factores que impiden conseguir mejores resultados en el combate contra la pobreza y la exclusión. Por ello se reclaman cada vez más recursos y apoyos, *«más voluntarios y más esfuerzos, la asistencia social se colapsa a cada momento»*. Es una perspectiva de trabajo que no combate las causas de la pobreza y la exclusión, centrando sus esfuerzos en hechos y acciones puntuales: *«apadrinan, llevan alimentos, trabajan en comunidades pobres, ayudan a tener una vida tolerable, organizan ayudas diversas, programas de inserción o subvenciones para proyectos puntuales de cooperación al desarrollo»* (Pardo, 2002: 189).

Un segundo paradigma sería el constituido por los *movimientos de movilización ciudadana* desde los que se considera que la pobreza se resuelve controlando y poniendo freno al mercado, regulando los mecanismos socioeconómicos que generan desigualdad y condiciones de vida precarias. Desde esta perspectiva se busca fijarle límites al sistema, «hacerlo más humano». Se lucha por el *«establecimiento de vías políticas y legales que velen por la igualdad, la vida digna y el bienestar de los ciudadanos»* y cobra especial protagonismo el discurso de la sociedad civil como contrapeso *«a la voraz libertad de los poderosos»*. Es la sociedad civil quien debe velar por el bienestar social mostrándose activa, comprometida y organizada para conseguirlo. La lógica que guía sus actuaciones frente a la exclusión y la pobreza consiste en promover transformaciones dentro del sistema, pues se considera que *«el mercado no tiene los poderes enormes que se le atribuyen y que, como instrumento mal utilizado, está causando mucho daño»* (Pardo, 2002: 190). De tal suerte, podríamos afirmar, que se reclama un Estado con capacidad de intervenir en lo económico y social, opuesto a las doctrinas neoliberales, que regule los excesos del mercado y garantice condiciones de vida digna e igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos.

Aunque sus esfuerzos *«son de resistencia y de choque con las estructuras que generan marginación, pobreza y exclusión»* desde los más diversos campos de

intervención, «*al final de todo no buscan cambiar la sociedad, ni las estructuras económicas y productivas, sino mantener, perfeccionar y mejorar lo ya existente*» (Pardo, 2002: 190).

Por último, desde el paradigma de los *movimientos populares y alternativos*, se plantea «*el cambio de estructuras económicas, morales, sociales y culturales actuales, así como la misma ideología y formas de pensar que mantienen y reproducen la pobreza*». Sus acciones, diferentes a las inspiradas en el neoliberalismo y el capitalismo, intentan construir alternativas y referentes de vida diferentes a las socialmente establecidas. Se piensa de forma global e integral, atendiendo a todas las variables que integran la totalidad del sistema social: la economía, la política, las estructuras sociales... Sus actuaciones se centran más en la reivindicación y la protesta que en la acción social, y cuando ésta se da, lo hace en forma de construcción de redes sociales alternativas que plantean nuevas relaciones de producción y consumo, ecológica y socialmente sustentables. Este enfoque es muy crítico con las ONG en general, a las que tilda de colaboracionistas con el sistema, y con muchas de las acciones llevadas a cabo por las mismas, pues perpetúan las condiciones de exclusión y marginalidad sin incidir en una transformación real de las causas generadoras de desigualdad.

Las principales manifestaciones de este movimiento las encontramos en el movimiento antiglobalización, como son denominados habitualmente, o el movimiento alterglobalización, como gusta autodenominarse a sus integrantes. Los recuerdos de las grandes manifestaciones de Seattle, Génova, Washington, Cancún, Seúl, o Davos, entre otras, realizadas como contracumbres a las «cumbres de los poderosos del mundo» (el Foro Económico Mundial, el G-8, la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, etc) nos evocan imágenes de denuncia y resistencia pacífica que pretenden desenmascarar el verdadero rostro del sistema, identificando y «señalando» a quienes deciden sobre el destino de millones de personas. Sus principales logros consisten en «*desmontar el discurso oficial de los amos del mundo, de los gobiernos, de los organismos internacionales; en aniquilar argumentos del neoliberalismo ante la opinión pública, en globalizar la lucha, en utilizar los mismos medios que los poderosos para difundir la protesta [...]*», en descubrir ante la opinión pública mundial que existen alternativas; en definitiva, manifestar que «*otro mundo es posible*» (Pardo, 2002: 191).

Particularmente coincido con Pardo Flores en identificar tres tipos de discursos y estrategias dentro de la sociedad civil y del mundo de las ONG, correspondiéndose a grandes rasgos con lo descrito en los párrafos anteriores. Sin embargo, discrepo en encasillar en exclusividad al movimiento alterglobalización en el paradigma de los *movimientos populares y alternativos*, pues muchas organizaciones y ONG integrantes del paradigma de la *movilización ciudadana* forman parte del movimiento que proclama que «otro mundo es posible». De hecho, estoy convencido que la alianza entre ambos movimientos es la única estrategia capaz de generar una sinergia ciudadana suficientemente fuerte para invertir las tendencias neoliberales que pretenden dismantelar los sistemas de protección so-

cial, y con potencial transformador suficiente para remover las estructuras en pos de la construcción de otro modelo de bienestar colectivo más cercano a las necesidades reales de las personas.

El papel desempeñado por lo *movimientos alternativos* es crucial, pues nos permiten imaginar otra sociedad y cuestionar los fundamentos del orden establecido, enriqueciendo las visiones que sobre la realidad tenemos y planteando nuevas perspectivas de actuación. Pero tampoco es menos crucial el papel desarrollado por los *movimientos ciudadanos* que trabajan por mejorar las condiciones de vida de las personas más desfavorecidas y construir un bienestar colectivo inclusivo de toda la ciudadanía, pues en su esencia contienen un mensaje transformador frente al estatus quo actual y un enorme potencial ejemplarizante con cada logro de transformación conseguido tanto a nivel macrosocial como a nivel de colectivos e individuos. Cuando se consiguen modificar las circunstancias desfavorables que rodean a una persona o colectivo excluido, se está devolviendo un mensaje de esperanza a la sociedad y demostrando que es posible cambiar la realidad.

En un plano más micro, el de la intervención social que muchos voluntarios y profesionales desarrollamos desde ONG u otras entidades ciudadanas, mostrarnos críticos con el contexto socio-económico que empuja a las personas a la pobreza y que ancla a los colectivos más desfavorecidos en la exclusión social, nos hará conscientes del alcance y las limitaciones de nuestras actuaciones, posibilitándonos plantearnos alternativas más efectivas en nuestro método de intervención e incluso impulsándonos a promover cambios en nuestro entorno más inmediato.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GARCÍA ROCA, Ximo

- 2001 «El voluntariado en la sociedad del bienestar», en *Repensar el voluntariado*, Documentación Social Enero-Marzo 2001.

PARDO FLORES, Juan Jesús

- 2002 «Soluciones a la pobreza, movimientos sociales y pedagogía de la responsabilidad», en *La Pobreza. Hacia una nueva visión desde la perspectiva histórica y personal*. Revista *Anthropos* nº 194, 2002.

PLAN ESTATAL DE VOLUNTARIADO 2005-2009

Diagnóstico de Situación del Voluntariado en España.

ROITTER, Mario

- 2004 «El Tercer Sector como representación topográfica de sociedad civil». En Daniel Mato (coord), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas: FACES, Universidad Central de Venezuela, 2004.

SALAMON, ANHEIER, LIST, TOEPLER y SOKOLOWSKI

- 2001 «La sociedad civil global. Las dimensiones del sector no lucrativo. Proyecto de estudio comparativo del sector no lucrativo de la Universidad Johns Hopkins». Fundación BBVA, Bilbao.

PARA PROFUNDIZAR

INICIATIVA SOCIAL: www.iniciativasocial.net

OBSERVATORIO DESC

2002 «El Derecho a exigir Nuestros Derechos: Derechos Económicos, Sociales y Culturales»; Observatorio DESC; Edit. Icaria. www.descweb.org

WOLF, Maribel (ed.)

2004 «Las exigencias de la Sociedad Civil», Edit. Icaria- Antrazyt / ACSUR-Las Segovias; Barcelona.